

EL FABULOSO ORO DEL PERÚ

Muchas veces, al leer las crónicas de la conquista americana, teníamos la convicción de que el narrador se dejaba llevar de su fantasía al describirnos la riqueza de algunas ciudades, en especial de las peruanas. Era difícil creer tal profusión de oro como metal de la vida corriente, que en la capital incaica, Cuzco, llegaba a extremos tan sorprendentes que "hacen que todo lo que se ha sabido del Nuevo Mundo, que todo lo que se ha llamado rico, parezca ahora poca cosa".

El cronista de la época de Cortés no salía de su asombro con lo que veía. Y era justificado, pues asombro nos produce aún hoy una parte mínima de esos tesoros áureos cuando los vemos reunidos, como sucede con la Colección Mújica Gallo, que en estos días se está exhibiendo en el Casón del Buen Retiro por iniciativa de la Dirección General de Bellas Artes.

Y es más increíble aún al saber que esta fabulosa serie de orfebrería ha sido conjuntada bien recientemente y sólo en el transcurso de diez años. No se trata de botines procedentes de la conquista ni de cargamentos de galeones apresados por piratas. En nuestros días, un peruano de origen español ha ido reuniendo tal cantidad de piezas, que ya exceden la posibilidad de albergarlas en una casa particular, por grande que sea, y de calidad tan excepcional que con ellas se va a constituir en Lima el Museo del Oro.

Trescientas ochenta y siete piezas son las que ahora han sido mostradas en varias ciudades europeas: Bruselas, Estocolmo, Copenhague y Utrecht. Madrid ahora, antes de ser exhibido el tesoro en Nueva York, de donde regresará a Perú. Es, pues, una ocasión única de admirar esta portentosa orfebrería inca y de poder establecer diferencias estilísticas con los tesoros de idéntica procedencia que se guardan en nuestro Museo de América.

Piezas utilitarias y no sólo suntuosas que "sobrepasan lo soñado", según la frase de un testigo presencial de la derrota del último inca. Hijos del Sol se creían los monarcas peruanos; por ello buscaron el metal de brillos más semejantes al del astro del cual descendían. El oro recubría sus personas, sus viviendas, sus cuerpos después de la muerte. No conocemos nada más patéticamente rico que esos largos guantes con que se cubrían los brazos de los difuntos hasta el codo: todo de una pieza y cincelado en el oro de la mejor calidad.



Vasos, coronas, collares, pinzas de depilar, colgantes, pectorales, cinturones, cucharas, cajas, cetros, ídolos, cascos, máscaras funerarias, pendientes que distendían majestuosamente el lóbulo de la oreja, botas; todo lo que podía ser el ajuar de una casa, hasta los cántaros del agua, ejecutado en oro y adornado según las más variadas técnicas y los estilos de las diversas tribus peruanas.

"Vale un Perú", una frase hecha que aún es de uso corriente y que procede de hace más de cuatro siglos, de cuando aquellos campesinos de las secas tierras castellanas o extremeñas quedaron deslumbrados por unas cantidades de oro como nadie había soñado. Igual que quedamos deslumbrados ahora ante esta exposición, aunque aquí a la codicia haya sustituido la admiración.

